

843  
D.

# CREACION Y REDENCION

Es propiedad de los Sres. J. Castro y Compañía.

ALEJANDRO DUMAS (PADRE)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, 1870.—Imprenta de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, núm. 27.

## PRIMERA PARTE.

### I.

Una ciudad del Berri.

El día 17 de Julio de 1785, una tempestad de verano había empañado el azul del cielo y enturbiado las caudalosas ondas del río Creuse, el que serpenteaba por entre dos hileras de casas alineadas en sus orillas, y cuyos piés de madera se bañaban en el agua.

Todas eran viejas y estaban medio arruinadas, pero no por esto aparecían ménos alegres, inundadas por el sol, cuyos ardientes rayos salían por entre las nubes extendiéndose por los campos aun empapados por la lluvia.

Aquellas casas se parecían á una vieja coja, tuerta y desdentada, pero tenían la pretension de formar una ciudad llamada Argenton.

Es inútil añadir que está situada en el Berri, y que hoy que la civilizacion ha borrado los tipos especiales de cada provincia, Argenton, con sus tejados cubiertos de musgo y de alelíes, visto desde las eminencias, presenta un espectáculo que hace palpitar de júbilo el corazón del artista.

Emprended en un día sereno la subida á las rocas, en donde se enroscan las raíces cual si fueran culebras; buscad un camino á través de los peñascos, cubiertos por una vegetacion de liquen amarillento, de helecho y de espinos rojos; apoyaos en estos pedrus-

cos, que se confunden con las rocas, tanto por su color como por la solidez de su mole, tan extensa y firme que han sido necesarias las terribles guerras de la Liga y los poderosos hombres de Richelieu para derribar esas obras maestras que, soldadas con la naturaleza, parecían tan imperecederas como sus bases de granito. Y sin embargo, las guerras de exterminio no han podido desarraigar los cimientos, que permanecen indestructibles é inmóviles, aun cuando hayan sido heridos por el cañon, destrozados por la sierra, mellados por el huracán, deshechos y desconchados por la herradura de los caballos y hollados por los pastores.

Sentaos en la cumbre de las ruinas que han causado, no el tiempo, sino las guerras civiles, y mirad á vuestros piés, como hundidas por una catástrofe geológica, á una multitud de casas, pintorescas y agrestes, con sus salientes vigas, las exteriores y toscas escaleras de madera que conducen al primer piso, los tejados de empolvado rastrojo y de tejas negras y cubiertas por una capa de yerba.

Desde donde os encontrais, la poblacion aparece como dividida en dos por el rio oscuro y encajonado, cuyo nombre significativo *Creuse* (1) indica cuán profundo es el cáuce por donde corre.

Las largas pértigas, suspendidas de las casas, reflejan en las aguas, como banderas de mil colores, la ropa puesta á secar y que flota á merced del viento.

Aquel grupo de albergues, cuyos cimientos desnudos, el maderaje descubierto y las molduras macizas de las vigas atestiguan la infancia del arte, está rodeado por un paisaje encantador, fresco y natural.

La naturaleza no ha estudiado el efecto. El Berri es la provincia más sencilla de Francia, y Argenton la ciudad más inocente del Berri.

Los *carneros*, arma de la provincia, si así puede decirse, y los gansos que se bañan en el agua del rio, aparecen tal y como son.

Tal es hoy Argenton, y tal sería en 1785, porque es una de las

(1) Creo, nombre de uno de los titanes.

pocas ciudades francesas que no ha sido invadida por el soplo revolucionario ni por el espíritu de general trastorno.

Estas casas, á pesar de haber pasado un siglo desde la época citada, eran tan viejas entonces como ahora, porque habian llegado á un término del que no podian pasar.

Si hay algo que admire al viajero, pintor, arquitecto ó poeta, es la solidez de estas casuchas, parecidas á las rocas y á los restos de fortificaciones que las dominan.

Podria creerse que su misma antigüedad las hace durar y que la ancianidad les presta vida.

Hace tan largo tiempo que se inclinan ya á un lado ya á otro, que mantienen el equilibrio sin caer.

Seria imposible describir la tranquilidad, la indolencia y el sosiego de los habitantes de Argenton en el dia 17 de Julio de 1785.

Las campanas de la iglesia acababan de tocar á mediodia, y en las tranquilas moradas de las orillas del Creuse cada cual ofrecia á Dios su plácida miseria como una expiacion de sus pecados y como un mérito para ganar el cielo: de todos modos, estas sencillas costumbres están en armonía con el paisaje y con los habitantes, á quienes no preocupa ni la política, ni el comercio, ni la industria.

Los moradores de Argenton, lo mismo que las casas y que la perspectiva que los rodeaba, veian pasar el tiempo, y como la golondrina, que vuelve todos los años á buscar su nido, así la alegre primavera y el sol de Abril renovaba en sus corazones el ánimo y la resignacion para soportar la ociosidad dolorosa del invierno y los rudos trabajos del verano.

En una de las calles más desiertas, aisladas y cubiertas de yerba, se elevaba una casa, que solo se diferenciaba de las demás en que una frondosa hiedra la ocultaba casi por completo, y entre sus ramas se refugiaban por la noche todos los gorriones de la ciudad y los alrededores.

A pesar de la confianza que les inspiraba aquella casa, á cuyo abrigo dormian tranquilos, á pesar de sus gorgeos ruidosos y ale-

gres, que saludaban la llegada de la aurora, aquella morada tenia mala fama.

Allí vivia un jóven médico que contaria veintiocho años de edad, y que hacia tres habia llegado de París.

¿Por qué se habia adelantado á la moda del cabello corto y sin polvos, que cinco años más tarde debia inaugurar Talma en su papel de Tito?

En aquella época la innovacion era perjudicial para un médico, porque segun el volúmen del peinado se consideraban el mérito y la ciencia de los discípulos de Hipócrates.

El peluquero más diestro no hubiera podido ondear sus cabellos con más perfeccion que lo habia hecho la naturaleza, y nadie se fijó en que aquella cabellera, negra como el azabache, acompañaba admirablemente á un rostro pálido, y cuyos rasgos severos y reflexivos indicaban la aplicacion al estudio.

¿Cuál podia ser la causa de haberse retirado á vivir aquel forastero á una poblacion como Argenton, tan escasa en recursos, para ejercer la medicina?

Tal vez amaba la soledad y deseaba no ser interrumpido en sus asiduos trabajos.

En la ciudad era conocido con el nombre del doctor misterioso, y no solo no se trataba con nadie, sino que, cosa escandalosa en una poblacion de provincia, jamás se le veia entrar ni en una iglesia ni en un café.

Sucedia, pues, que se hacian mil suposiciones malévolas y supersticiosas, acusándole de estar en comunicacion con los espíritus malignos, y como ignoraban el por qué no gastaba polvos ni peluca, consideraban que la etiqueta de su sociedad nocturna era distinta de la nuestra.

Estas sospechas de hechicería tenian por base las maravillosas curas que el jóven médico habia efectuado, empleando los medios más sencillos.

¡Cuántos enfermos habia salvado, condenados y abandonados por sus compañeros!

Al ver la rapidez con que devolvía la salud perdida, los bené-

volos lo creian un milagro y los ingratos y curiosos un sortilegio.

Por consecuencia, como generalmente hay más envidiosos que imparciales, el doctor contaba como enemigos, no solo á sus compatriotas, sino á los mismos á quienes habia socorrido, curado, consolado.

Las mujeres ancianas y bondadosas, que no pasarían de seis ó siete en Argenton, decian que tenia *buen ojo*, porque en el Berri hay una creencia popular, y es la de que ciertos individuos nacen, no solo para el mal ó el bien de sus semejantes, sino que ese influjo se extiende á los animales y vegetales.

En cuanto al doctor, generalmente se atribuía aquel don de hacer milagros á un soplo de vida que lanzaba sobre la frente de sus enfermos, ó á los *pases* y palabras que en voz baja pronunciaba, y algunos, por último, creian era efecto del profundo conocimiento que tenia de la naturaleza y de sus arcanos más ignorados.

De todos modos, si bien no estaban acordes en las causas, nadie negaba la evidencia de aquellos fenómenos públicos y notorios.

Por ejemplo, un dia se habia dormido un carretero, sentado en el pescante de su carro.

Despedido de su asiento cayó, y continuando los caballos su carrera fué cogido por una rueda, la cual le fracturó una pierna.

Reunidos en consulta los tres médicos de Argenton, opinaron que, como no habia otro remedio sino hacer la desarticulacion del hueso *fémur*, y siendo una operacion dolorosa y difícilísima, y ante la cual retroceden los más hábiles, seria mejor abandonar el paciente á la robustez de la naturaleza, es decir, á la gangrena y á la muerte, que no tardaria en sobrevenir.

Entonces el infeliz, comprendiendo el estado grave en que se encontraba, llamó al doctor misterioso á su socorro, y este declaró que, si bien la operacion era difícil, era inevitable, y que no se podia retardar un momento.

Los tres médicos trataron de hacerle comprender, como advertencia caritativa, que además de la gravedad de la operacion era preciso pensar en el dolor físico y el terror moral del paciente cuando viera desprender por el cortante bisturí parte de sí mism

á lo cual, una sonrisa se dibujó en los labios del jóven, y acercándose al enfermo, extendió una mano sobre él y con voz imperiosa le ordenó dormir.

Los tres doctores cambiaron una mirada y se sonrieron. Aunque lejos de Paris, habian llegado á su noticia los prodigios del mesmerismo, pero no habian visto ningun ensayo.

Con gran admiracion suya, el enfermo, dócil á la voz del médico, se habia dormido inmediatamente. El jóven misterioso le tomó la mano y le preguntó con voz dulce, pero como aquel que manda:

—¿Dormís?

Y al recibir la afirmacion, sacó su estuche, escogió los instrumentos de cirujía y practicó la terrible operacion con la misma sangre fria y tranquilidad que si hubiera operado en un cadáver.

Habia pedido diez minutos, pero á los nueve estaba puesto el aparato, el miembro separado y fuera de la vista del paciente, y éste mudado á otra cama, en donde no habia la menor señal de lo sucedido; el infeliz carretero se despertó, obedeciendo al médico y sonriéndose.

Cuando despues de una larga convalecencia se levantó, encontró un aparato preparado por el doctor, y con el cual podia moverse sin dificultad.

—Pero ¿qué será ahora de ese desgraciado? se preguntaban no solo los tres médicos, que habian pensado abandonarle y condenarle á la muerte, sino multitud de personas de esas que siempre encuentran algo que decir de todo.

—¿No valia más dejar morir al pobre hombre, que no haber prolongado su vida diez, quince ó veinte años, privado de una pierna?

Pero de repente el recaudador de la poblacion dijo que le avisaba el de la provincia que se le señalaba una renta de 300 libras, sin que se pudiera averiguar por quién.

El carretero tal vez lo ignoraba tambien; pero cuando se hablaba del médico, decia siempre:

—¡Ah! Lo que es á él le pertenece mi vida: si me la pidiera se la daria con todo mi corazon.

Pues bien; cosa extraña para quien no conozca lo que son las ciudades de provincia: aquella curacion maravillosa fué la que más daño hizo al doctor.

Los tres médicos habian declarado que del mismo modo hubieran podido ellos salvar al carretero, pero que preferian ver morir á un hombre que salvarle la vida á tal precio, porque miraban la salvacion del alma de un enfermo primero que la del cuerpo.

Sin duda era la primera vez que aquellos honrados ciudadanos hablaban del alma.

En otra ocasion, un toro furioso habia sembrado el desorden en el mercado, pues era dia de feria, y el doctor, desde su laboratorio, habia escuchado los gritos de las mujeres y los niños, que buscaban en la huida su salvacion.

El médico se asomó á la ventana y presenció un espectáculo horroroso.

El animal, furioso, acababa de destrozar á un carnicero, que le habia aguardado con una maza en la mano.

Sin aguardar ni aun á tomar el sombrero, bajó precipitadamente á la plaza.

Con sus hermosos cabellos desordenados, la boca plegada por la fuerza de su voluntad de hierro, que era una de las principales cualidades del doctor ó uno de sus mayores defectos, se adelantó hasta colocarse enfrente del toro, el que, apenas le vió, bajó la cabeza y se lanzó sobre él, de modo que no habiendo podido encontrar el *ojo*, se hizo á un lado para evitar el choque.

El toro, con la rapidez de la carrera, habia ido diez pasos más allá; despues, volviéndose, levantó la cabeza y su mirada sombría y profunda se fijó en el audaz lidiador que se atrevia á desafiarle.

Pero apenas encontró los ojos del doctor fijos y dominantes, se detuvo, y escarbando con los piés la tierra, mugió y permaneció inmóvil.

Entonces el bizarro jóven adelantó hácia él, viéndole temblar y replegarse sobre sí mismo, y extendiendo el brazo tocó al animal entre las astas, y como un nuevo Achelus ante el moderno Hércules, el toro se acostó á sus piés.

Por último, se le presentó otra ocasión para demostrar el maravilloso influjo que ejercía sobre los animales.

Se trataba de herrar por primera vez un caballo de tres años, indómito aun, que había roto las bridas que le sujetaban, derribando al herrador y volviendo furioso á la cuadra, en donde nadie se atrevió á penetrar, porque no conservaba tirante ni arreo ninguno para conducirlo.

El doctor pasaba por casualidad, y enterado del suceso, había socorrido primero al herrador, y despues, viendo que si bien el choque había sido fuerte la cabeza no había recibido golpe ni contusion, le rogó le aguardara, pues volvería con el caballo obediente y sumiso.

Efectivamente: se dirigió á la casa del correo mayor acompañado por una multitud inmensa; entró en la cuadra silbando, con las manos en los bolsillos y se acercó al caballo, el que retrocedía á medida que el doctor se aproximaba, hasta encontrarse arrinconado.

Entonces, casi sin esfuerzo, le sujetó por las ventanas de la nariz, á pesar de que los sangrientos ojos del animal manifestaban que obedecía contra su voluntad á la influencia superior.

Fascinándole le condujo hasta la casa del herrador, y sin que fuera preciso atarlo, le pusieron las cuatro herraduras, sin que el caballo hiciera el menor movimiento; solo se notaba en su piel ese estremecimiento que en los cuadrúpedos es la manifestación de su derrota.

Puede comprenderse, con tales prodigios efectuados á la faz de todos á fines del siglo pasado y en una ciudad de las ménos ilustradas de Francia, cómo sería juzgado el doctor Jacobo Merrey.

## II.

### El doctor Jacobo Merrey.

Entre los detractores del misterioso forastero, los más encarnizados eran los médicos, tratándole unos de charlatan, otros de empí-

rico, y acusando de crédulos á los que hablaban de sus prodigios.

Pero cuando vieron que su crítica se estrellaba ante el instinto de lo maravilloso, tan vivo en las masas populares, determinaron aprovecharse de las preocupaciones religiosas, calificando de diabólica su ciencia, porque se atrevía á curar sin cuidarse de las fórmulas establecidas por la medicina.

Lo que daba pábulo á tales acusaciones era que el doctor no se presentaba en la iglesia ni en el presbiterio: sus doctrinas eran socorrer al prójimo, pero se creía que no profesaba religion ninguna.

Jamás le veían de rodillas ni con las manos juntas; pero en cambio con frecuencia contemplaba con recogimiento y meditacion las bellezas de la naturaleza.

Sin embargo de las hablaturías de los médicos y del cura, no había enfermo ni impedido que no anhelaran ser curados por el *malévolo* doctor, aun cuando más tarde se arrepintieran de su curacion, y mandaran encender un cirio para acallar los remordimientos que les causaba deber la salud á la intervencion del diablo, segun decían.

Lo que más contribuía á que se considerase á Jacobo Merrey como un sér extraordinario, popularizando sus beneficios, era que no los prodigaba, excluyendo, sobre todo, á los ricos, á pesar de que varios habían reclamado su asistencia á peso de oro; pero él contestaba que pertenecía exclusivamente á los pobres, y que en Argenton había otros médicos que deseaban adquirir riquezas y honores; que además, sus medicinas, preparadas por él, eran propias para el temperamento rústico á quienes se administraba.

En una época en que la oposicion popular empezaba á desarrollarse, aquella resistencia dió margen á la crítica y á los comentarios.

Con más ahinco que nunca procuraron que se dudase de aquellos prodigios curativos que solo se ejercían democráticamente, sin que la alta clase participase de ellos, cuya única recompensa era la gratitud de los pobres.

Jacobo Merrey no se ocupó de las hablillas, y continuó su obra solitaria y silenciosa.

Su vida era excesivamente aislada y su casa impenetrable; y como todas las noches veían brillar en su ventana la luz del quinqué, estrella del trabajo, pensaban los imparciales y desinteresados que el joven se había retirado al Berri en busca de la soledad, tan inviolable como la que encontraban en la Tebaida los antiguos anacoretas.

Los pobres y los aldeanos, que no estaban dominados ni por la superstición ni por la malevolencia, exclamaban:

—El doctor Merrey es como Dios, que solo se hace visible por sus beneficios.

Excesivo era el calor en el día 17 de Julio de 1785.

Jacobo Merrey se encontraba en su laboratorio vigilando el resultado de una operación química, la que más de una vez había visto frustrada.

Era buen químico y alquimista; porque nacido en una de esas épocas en que la duda, tanto científica como política y social, desarrollan el malestar en las naciones, precursor de las grandes revoluciones, y que impulsa á los individuos al descubrimiento de lo desconocido, de lo imposible y de lo maravilloso, habían despertado en él un amor profundo por la ciencia: había visto á Franklin descubrir la electricidad y dominar al trueno; vió á Montgolfier elevar los primeros globos y dominar, más bien en pensamiento que en realidad, el dominio del aire.

A Mesmer ejerciendo el magnetismo animal, por el que sentía verdadero entusiasmo, y á quien muy pronto adelantó en conocimientos; porque Mesmer, deslumbrado con los primeros resultados de aquella influencia que había soñado, que reconocía, pero que no perfeccionó, se detuvo ante las primeras maravillas sin continuar sus investigaciones hasta llegar al somnambulismo, pareciéndose á Cristóbal Colon, que, feliz con el descubrimiento de un nuevo mundo, dejó á otro la gloria de poner la planta en el continente americano y darle su nombre.

Así, pues, el Sr. de Puysegur había sido el Américo Vespucio de Mesmer, y Jacobo Merrey era discípulo de Puysegur, y aplicó á la medicina los pensamientos vagos del profesor alemán.

Jacobo Merrey se había internado en la *Foret-noire* (1) de las ciencias ocultas.

Su ingenioso talento había explorado todas las vías ignoradas y tenebrosas, los insondables antros, los pozos subterráneos, en los que había penetrado hasta el fondo para iniciarse en sus arcanos; las titánicas batallas que emprendió con la naturaleza para que le revelara el secreto sublime que oculta en su seno; las interminables horas que pasó mudo y anhelante consultando al implacable esfinge de los conocimientos humanos.

Estas luchas eran una verdadera epopeya científica, y se hubiera podido escribir un poema como el de Jason buscando el vellocino de oro, no habiendo encontrado Merrey ni lo uno ni lo otro, cosa á la verdad de la cual no se ocupaba, aun cuando se decía en Argenton que era muy rico.

Los desvaríos de los alquimistas, de los astrólogos, de los nigrománticos, de los inspirados, todo lo había estudiado, recorrido, analizado, sondeado, resultando una variedad de ideas en su imaginación y en su conciencia, una religión tan original, que carecía de nombre.

No era ni judío, ni cristiano, ni turco, ni cismático, ni hugonote; no era ni deísta, ni animista, tal vez era panteísta; creía en el fluido universal esparcido por el globo, y el que liga los mundos entre sí por medio de la atmósfera viviente, y creía, ó más bien esperaba, que este fluido conservador y creador podría dirigirse por la poderosa voluntad del hombre y recibir de manos de la ciencia su aplicación.

Tal era la base de su sistema curativo, cuyo atrevimiento hubiera causado la oposición de todas las corporaciones de sábios; pero el doctor era uno de esos hombres que cuando se fijan en una idea no se preocupan de la aprobación ni del vituperio de los demás.

Su amor á la ciencia era inmenso, sobre todo por el placer que le resultaba de poder practicar el bien y aliviar los males del género humano.

(1) Selva negra.

Con qué entusiasmo tan ardiente elevaba su pensamiento y veía, ó creía ver, los átomos, los simples y los compuestos, los infinitamente pequeños y los inmensamente grandes, moverse impulsados por su voluntad magnética; ¡oh! entonces el amor, la admiración y la gratitud por las grandezas de la naturaleza, hacían desbordar de júbilo todo su sér, y los aplausos del universo entero le hubieran parecido poco en comparación del imperceptible ruido producido por el ala de un mosquito.

Estudiando á Moisés y á Aristóteles aprendió la quiromancia; en Porta y Lavater la fisonomía, y su imaginación investigadora le hizo adivinar á Gall y á Spurcheim, adelantándose á todos los descubrimientos fisiológicos modernos.

Sus aspiraciones iban aun más allá que los límites artificiales de la ciencia.

Prometeo fué clavado con clavos de bronce y encadenado á una roca con cadenas de diamantes, por haber soñado lo que no impidió que los cabalistas de la Edad media, desde Alberto el Grande, á quien la Iglesia venera como santo, hasta Cornelio Agrippa, considerado como un diablo, hayan pretendido llevar á cabo tan audaz quimera; crear y dar vida á un hombre.

El objeto que de siglo en siglo pretendían conseguir los inspirados ó los locos, era hacer un hombre sin emplear las reglas generales, y si obtenían ese resultado, el árbol de la ciencia se confundiría con el de la vida, y el hombre sábio se igualaría con Dios, y la serpiente podría levantar la cabeza y decir á los descendientes de Adán:

—¿Y ahora, creéis que os engañaba?

Jacobo Merey, que podía discutir sobre todo lo conocido y aun sobre lo desconocido, como el Pic de la Mirandola, estudió todos los medios empleados por los sábios de la Edad media para crear un sér á imagen suya, pero los procedimientos le parecieron ridículos, desde aquel que incubaba al niño en una calabaza, hasta el otro que construyó uno de bronce.

Todos se equivocaban, pues no habían buscado el origen, la causa, el manantial de la vida.

El doctor, á pesar de los ensayos infructuosos que habían hecho, no perdía la esperanza de descubrir el medio para robar el fuego sagrado; ¡ladron sublime!

Toda afección había sido ahogada por esta preocupación: su corazón frío desempeñaba su papel puramente material de víscera, limitándose á hacer circular la sangre por el cuerpo y á volver á recibirla.

El doctor tenía la naturaleza de un dios y no podía amar á un sér que no fuera creado por él, por lo cual vagaba solo y triste entre la multitud sin dirigirla una sola mirada que no fuera indiferente, y pagando con este aislamiento su ambición.

Lo mismo que el Señor antes de la creación, así él se aburría.

En el día en que empieza nuestro recito se encontraba Jacobo más satisfecho, porque veía la útil disolución de una sal que poseía maravillosas virtudes curativas, las que el doctor estudiaba con afán, cuando oyó tres precipitados golpes en la puerta de la calle, los que despertaron á un magnífico gato negro, génio familiar del médico, según decían las malas lenguas.

Marta, criada vieja y jorobada, que participaba de la mala opinión de su amo, subió las escaleras precipitadamente, y entró medio sofocada en el laboratorio, sin llamar antes, como era costumbre establecida por Jacobo, para que no le molestaran cuando estaba ocupado en los ensayos químicos.

—Marta, ¿qué sucede? preguntó; ¿por qué estais tan trastornada?

—Señor, algunos criados del castillo vienen á buscaros.

—¿No os he dicho que he rehusado varias veces ir al castillo? dijo Merey frunciendo el entrecejo: soy el médico de los pobres y de los ignorantes: que avisen á mi vecino el doctor Reinald.

—No ha querido ir, porque dice que es para una cosa que no le concierne.

—¿Pues de qué se trata?

—De un perro rabioso que muerde á todos, y nadie, ni aun los mozos de cuadra más arriesgados, se atreven á acercársele. El desgraciado perro se ha refugiado en el patio del castillo, sembrando el espanto y la consternación en casa del señor de Charelay.